

# JUVENTUD



AÑO I :: Núm. 3  
Noviembre-Diciembre - 1918  
y Enero - 1919

IMP. ESPAÑA EDITORIAL  
Moneda 843 — Santiago

- EDITADA POR LA -  
Federación de Estudiantes  
. . . DE CHILE . . .



## A los estudiantes de arquitectura

(Conferencia)

Hace unos años, en este mismo salón y ante otros futuros arquitectos, hablé someramente, y sin mayores pretensiones, sobre algunas de las tendencias que, a mi juicio, debía tomar la arquitectura en nuestro país.

Hoy, si os parece, diré breves palabras sobre un asunto menos discutible y mas íntimo. Hablaré esta tarde sobre la dignidad de vuestra futura profesión. Creo así no invadir cuestiones técnicas, cuya competencia no me sería dable acreditar debidamente. Hablaré sobre los móviles que os han llevado a vosotros, jóvenes estudiantes, a preferir, de entre las innumerables actividades que ofrece la vida, la profesión de arquitecto. Hablaré, por fin, sobre la belleza de la arquitectura de los sentimientos que despierta, no apreciados exteriormente y por los extraños, sino desde el interior de vosotros mismos.

---

Traigo el mejor espíritu. Mucho me alegró el saberme recordado de los estudiantes que me consideran en lo que soy: no mas que otro estudiante, es decir un compañero. ¿Tomaréis a mal, entonces, que os hable con sinceridad, aún cuando esta sea inoportuna?

Preciso es confesar que a la carrera de arquitectura como a cualquiera otra de las profesiones, no acuden únicamente, los jóvenes que sienten verdadera vocación por ella. Van allí muchos estudiantes sólo por haber reflexionado en la facilidad aparente y en la conveniencia económica que ella ofrece.

Unos tienen carácter y trabajan con tesón en las clases y talleres. Robustecen así su voluntad y experimentan, al mismo tiempo que progresan la alegría que proviene de sentirse, tal vez ilusoriamente, dueños y dominadores de sus actos. Otros, muy pocos por fortuna, soportan, apenas, la tiranía que se han impuesto, y dejan de hacer todo cuanto no sea de absoluta necesidad para obtener el título. Pero no los juzguemos con precipitación. ¿Acaso somos tan finos psicólogos para vislumbrar con claridad las dolorosas necesidades materiales y morales que le son adversas? ¿Sabemos si tienen que buscar en otra ocupación, que les roba el tiempo y deprime el ánimo, una necesaria ayuda para vivir? ¿Estamos ciertos de que esas ausencias, o esa aparente desidia, se deben sólo a ellos y no a programas de estudio defectuosos, y ¿por qué no decirlo? cuando todo puede suceder, a algún profesor que no logra infundir en su clase ese entusiasmo comunicativo, ese calor de cosa viva sin el cual las más importantes enseñanzas, por no mover a mayor necesidad de conocimientos, se oyen aburridamente, y pasan rápidas al olvido sin dejar huella?

Más también hay otros jóvenes que sienten, sobre la alegría de hacer algo, la de hacerlo con esa facilidad y esa falta de fatiga y ese placer creciente de ejecutar lo que, entre todas las cosas, se prefiere. Y trabajan y trabajan y en vez de extenuarlos la constante y tenaz labor, en ella encuentran el descanso, el alivio y la satisfacción de unos deseos que van manifestándose cada día más claros más premiosos y absorbentes.

Es a ellos y a todos los que experimenten la emoción de la arquitectura, a los que busco dirigirme.

¡Dichoso aquel que ama su oficio! Cuando trabaja, sin saber, a media voz, entona una canción; al oírlo se diría que reposa y recrea su espíritu. El tiempo para él transcurre imperceptible, y a menudo la noche lo sorprende inclinado sobre su labor. Los días, los años, su vida entera, por dilatada que sea, le parecerá demasiado breve. El único pesar que trae la felicidad, que hasta en la felicidad hay dolor, es el de que ella, por no someterse a la medida del tiempo, parece siempre fugaz. Así le parecerá de fugaz su larga existencia a aquel anciano laborioso inconcientemente feliz por haber obedecido a los deseos y necesidades de su espíritu. Sí, feliz, de la única felicidad, la de guardar obediencia a sí mismo: camino que conduce a sentir el goce de una libertad y de un bienestar sobre el cual bien poco pueden los buenos o malos azares de la suerte.

Con qué agrado y viveza de todo momento, vosotros, los que experimentais un placer ante la sola perspectiva de vuestra próxima actividad profesional, iréis por esas calles en contemplación y crítica de los edificios. Aún en los suburbios tristes y abandonados, donde las pequeñas casas, tienen a menudo, las más vulgares, o desoladas apariencias, vuestros ojos, incansables, no perdonarán detalle. Y es posible que os cauce impresión, no la banal o pretenciosa arquitectura, sino la estrecha correspondencia que, a veces, creéis establecer entre los moradores y sus habitantes.

Mas de una de esas casas inconclusas cuenta toda una larga historia. ¿Qué habéis aprendido en tales excursiones? Ningún detalle de ornamentación digno de aprovecharse en futuros proyectos. Pero, después de contemplar la ingenuidad sin pretensiones de ciertos edificios sencillos y evocadores, sabréis, no sin asombro, que roto el frío de las medidas exactas, de las correspondencias y simetrías precisas, que siempre ostentan

las construcciones llamadas arquitectónicas, es posible obtener una nueva y libre emoción cuando la ingenuidad creadora por serena y por sincera y por justa penetra en una intuición que le revela y le lleva a desconocidos valores estéticos.

Allí una construcción perdida entre innumerables otras, que tratan de remedar los edificios del centro de la ciudad, se presentará tranquila, y conforme con su destino y con la necesidad que llena. Por eso gozará de una apariencia natural y libre. Al igual de vosotros, los que habéis buscado un trabajo que se armoniza con vuestra tendencia y capacidad, ella también llenará fiel y fácilmente su cometido.

Si os llama a contemplarla es porque hay una atención que despierta las cosas y los hombres, tanto mas viva, cuanto mas nos sean semejantes. La admiración sólo llega cuando el parecido se refiere no a la insignificancia que somos, sino a lo que se nos muestra y que pudimos, debemos, o queremos ser.

Dichosos los que aman su oficio y laboran cantando! Aun me parece oírlos silbos de pájaros, las entonaciones agudas que nos despiertan y nos revelan que estamos trabajando hace largo rato. Cómo avanza la tarea cuando todo esto está en ella! ¿No es verdad que entonces nos asombra lo hecho y lo contemplamos como si fuera ajeno? Es que nuestros ojos por expertos que sean, nuestra mano por hábil, nuestro saber por sólido, nunca serán nosotros mismos. Estamos acostumbrados a emplearlos fríos y separadamente, por esto cuando ponemos todo nuestro espíritu en la tarea, ella, terminada, se presenta llena de una gracia que antes nunca lográbamos y que, por desconocida, nos parece ajena.

Por ignorar su destino, cada cual lo llena de esperanzas. ¿Qué esperáis vosotros jóvenes y futuros arquitectos? La realidad ya vendrá. Ahora es la época de las expectativas y los ensueños. Dejadme revelarlos.

Dibujando, dibujando pensais: ya llegará el día en que

se me encomiende el proyecto y la construcción de una casa, Será, talvez, una casa modesta. A un arquitecto desconocido no se le busca para grandes cosas. Pensar que voy a hacer una casa donde se acojerá un hogar!

Es preciso, para entonces, que medite no sólo en las necesidades de los moradores, sino en sus sentimientos. Algo que haga menos palpable la estrechez depresiva de las habitaciones; buscar lo que amengüe la tristeza, que tarde o temprano vendrá a alojar en ella; para la alegría lo que la exalte, claras ventanas; y para los días monótonos, la comodidad constante que alivia el cansancio que de ellos fluye. Será un sitio de nacimiento y de muerte. Dios mío! van a ocurrir en ese sencillo albergue, los mas graves misterios!

Terminada que sea, pondré en el muro exterior, con caracteres en relieve, mi nombre y debajo de él la palabra: arquitecto. Pero se puede decir pensaréis, que yo hice la casa? ¿No la hicieron los albañiles, carpinteros y demás operarios? Mas ¿es dable asegurar que son ellos, en realidad, a quienes se debe? Los árboles, las rocas, la tierra misma y el hierro de sus entrañas, la constituyen. Yo no he dado sino la forma, los obreros la realizaron.

Pero ¿es que los hombres hacen algo completo?

La invención no es sino el resultado feliz de un nuevo agrupamiento de cosas existentes.

El acto de crear, para la posibilidad humana se limita a instituir una nueva forma.

No sería extraño, pensareis, que pasando el tiempo pueda yo tomar parte en un concurso de un monumento conmemorativo. No será una casa para gente que pueda morir, será la mansión de algún hombre o hecho inmortal.

De alegría y tristeza, de todos los pequeños sentimientos, debo estar libre para cuando ejecute su trazado. Trataré de tener el ánimo dispuesto a comprender todo lo grande, lo digno, lo hermoso, lo imperecedero.

Quién sabe si después me llamen para erigir un templo. No importa cual sea la religión, yo sé que es preciso elevarlo por sobre todas las casas de la ciudad, y aguzar las torres como flechas lanzadas al cielo.

Ah! Dios desconocido, diréis, si yo tuviese la suerte de levantar no una casa para tí, que no cabría tu grandeza en ella, sino un sitio propicio al recojimiento que lleve, por su severidad, derechamente a un pensar profundo; donde la audacia de las columnas y las bóvedas, exalte la imaginación; donde la penumbra por bañarse en suaves luces haga mas palpitante el misterio; y donde la belleza, mostráudo e por todas partes como dispersa en pequeños senderos despues se agrupe en el mas seguro de los caminos que conduce hacia tí!

Y ¿quién puede decir, soñaréis, si no me reserva el povenir el trazado de una nueva ciudad?

Será en un terreno virgen. Cuando vaya a visitarlo pasearé a la sombra de sus enormes arboles silvestres recorriendo el sitio solitario y destinado sin embargo a la vida en común de miles y miles de hombres. Entonces sólo los pájaros cantarán. Cuando la noche llegue sobre el campo en silencio se oirá mas poderoso el estruendo del río que por allí pasa. Donde desde la mas remota antigüedad los árboles indígenas y las plantas son dueñas del valle, acaso por siglos y siglos incontables, va caer el peso enorme de una ciudad creciente y dominadora.

Cuando en una basta lámina blanca, de firme papel, traese las plazas y señale los árboles, bajo los cuales se refugiaron, en la larga cadena de los años, generaciones de aves y de enamorados; cuando indique las grandes avenidas, que recorrerán entre vitores, tañidos de campanas, rumor de banderas y músicas marciales, los héroes que vuelven vencedores; cuando señale el sitio donde se levantarán los teatros, siempre luminosos en la noche; el lugar de las bulliciosas escuelas; los alegres mercados; los parques tranquilos; el sitio de los templos

y de los tribunales de legislación y justicia; cuando señale también, lejos de la ciudad, y sin embargo unido a ella; cuando señale el camposanto la otra pequeña y callada ciudad sombra de la primera y cuando vuelto al terreno y bajo el sol ardiente fije gruesas estacas y delínee las futuras calles y llegue una vez mas la noche e interrumpa mi trabajo, mientras las hogueras se extingan y bajo las capas de campaña, los ayudantes y los trabajadores duermen, en el silencio que crece y se espera sobre el sueño de los hombres, yo, obsesionado por la tensión constante de la grande y ruda labor, asistiré a la visión del remoto porvenir que se ofrece para esos campos, y sentir el terror profético de ver desfilar bajo las constelaciones y ante mis ojos absortos la vida de la ciudad eterna, y de las infinitas generaciones que cobije!

---

Estudiantes y queridos amigos con todo lo dicho no podríais hacer un cuarto redondo. Yo no vengo a enseñar cosa alguna, vengo solo a retemplar vuestro entusiasmo. Si la música enardece en las batallas y lleva al heroísmo, acaso las palabras de un poeta, por pequeño que sea, traigan para vuestra marcha esa facilidad que ofrece el ritmo de la música cuando se introduce en el corazón y lo alijera y hace volar o cuando penetra furtivo en el paso de los distraídos caminantes y los domina y lleva fáciles, derechos y lijeros!

PEDRO PRADO.

